



# Henry y Cato



Iris Murdoch

Traducción del inglés a cargo de  
Luis Lasse



IMPEDIMENTA



*A Stephen Gardiner*



PRIMERA PARTE  
RITOS DE PASO



Cato Forbes había cruzado ya tres veces el puente ferroviario de Hungerford, de norte a sur la primera, de sur a norte después, y otra vez de norte a sur. Ahora iba retrocediendo muy despacio hacia el centro del puente. Respiraba hondo, atento al bullicioso contrapunto que se producía entre su aliento y los latidos de su corazón. Se sentía nerviosamente impulsado a retener más de la cuenta las inhalaciones y a boquear luego. En su funda, metido en el bolsillo del impermeable, el revólver se balanceaba irregularmente a cada paso contra su muslo, pesado e incómodo.

El reloj ya había marcado la media noche. Los últimos asistentes a los conciertos del Royal Festival Hall habían pasado camino de sus casas, pero ni siquiera entonces se hallaba totalmente solo en el puente. La niebla, que al principio le había sido grata, ahora le desconcertaba. Húmeda y gris como una gasa, surgía tenuemente oscilante del Támesis. Le rodeaba ocultando las luces del malecón y amortiguando los pasos de las figuras que se acercaban a él sin cesar, que se materializaban junto a él y que pasaban de largo con porte sospechoso. ¿O eran siempre del mismo hombre estas apariciones de sudario? ¿Se trataría, quizá, de algún policía de paisano que estuviera haciendo la ronda del puente?

Levemente cálido, el aire de la noche de abril traía consigo olores frescos, la fragancia del mar, o tal vez fuera solo el viejo aroma vegetal del río, avivado en cierto modo por las presencias lejanas de árboles y flores primaverales. Todo estaba mojado, aunque apenas hubiera llovido ese día. A sus pies, pegajoso, el asfalto y los macizos carriles de hierro se hallaban empapados de una fría exudación de agua corriente. Mientras caminaba por la estrecha acera junto a la vía, apretando el revólver con una mano y pasando la otra por la barandilla, los dedos se le habían quedado gélidos y húmedos. También su cara, ardiente de ansiedad, estaba humedecida, y se la restregó torpemente con la manga del impermeable. Tras la verja que separaba la vía de la calzada, un tren que salía de Charing Cross rechinaba lentamente al paso, y los vagones con las luces encendidas iluminaban a saltos la niebla. Cato desvió la cabeza.

Oh, qué estúpido soy, se dijo para sus adentros, utilizando un término que no había vuelto a utilizar tantas veces desde que era niño. En ese momento le parecía que su vida había consistido en un disparate tras otro, y ahora, a los treinta y un años, estaba metido hasta el cuello en el más estúpido de todos. El tren se había marchado. Una figura alta apareció y pasó a su lado, mirándole atentamente. Un silencio tenso envolvía el débil zumbido del escaso tráfico del malecón. Una sirena distante bramó triste una vez, y luego otra, como la propia voz de la noche. Cato sabía que no podía olvidarse de lo que estaba a punto de hacer y marcharse a su casa. Se había trazado toda una lista de propósitos y estaba atrapado en ella. El miedo, que ahora se presentaba casi bajo la forma de una intensa excitación sexual, se convertía al fin en una incitación para la acción.

Sin preocuparse de si había alguien cerca de él, se arrodilló en el centro del puente y sus rodillas se quedaron pegadas a un suelo frío y cenagoso. Comenzó a extraer la funda del revólver del bolsillo de su impermeable, pero uno de sus extremos se había enganchado en el forro, y tuvo que tirar de la prenda hasta rasgarla. Cuando lo hubo conseguido, vaciló de nuevo y se preguntó si debía sacar el revólver de la funda. ¿Por qué no lo habría pensado antes? ¿Flotaría la funda?, se preguntó estúpidamente. Se asomó, pero el agua era invisible. Su mejilla acarició

el húmedo almacén de hierro. Pasó la funda sin abrir por encima de la barandilla y la soltó. Al instante se desvaneció silenciosamente entre la niebla, como si hubieran tirado de ella con suavidad. Se hundió en el aire oscuro y brumoso, y no se oyó ningún chapoteo. Cato se levantó. Se palpó el bolsillo sin llegar a convencerse del todo de que aquel pesado objeto ya no estaba allí. Dio unos cuantos pasos, mirando de hito en hito a sus espaldas, y pensó, el río se la habrá llevado, ¿verdad? No puede haber ido a ninguna otra parte.

Empezó a retroceder en dirección a la margen norte del río. En el sitio donde se había arrodillado quedaron dos placas heladas. Con pasos ligeramente viscosos, alguien que se acercaba apareció justo ante él y de inmediato desapareció. Cato tosió una vez, y luego otra, como para tranquilizarse a sí mismo y también al otro. Respiró lenta y profundamente, expulsando con fuerza el aliento en la bruma. Ahora podía ver las luces de la carretera. Aminorando deliberadamente el paso, bajó los peldaños del malecón. La estación de metro de Charing Cross estaba cerrada y, por supuesto, no debía coger un taxi. Comenzó a subir hacia Northumberland Avenue, mientras encendía un cigarrillo sin detenerse. Se sentía mejor. Su intenso temor había desaparecido y ahora tenía la impresión de haber hecho algo irracional. Confusa y vaga, pero reconfortante, persistía la excitación sexual de antes, como si se hubiera tomado alguna droga hipnótica y tranquilizante. Qué estúpido soy, volvió a decirse. Pero esta vez sonrió encubierta, solapadamente, al decirlo.

Aproximadamente a la misma hora en que Cato Forbes iba de un lado para otro en medio de la niebla sobre el puente de Hungerford, Henry Marshalson se despertaba de una breve siesta en un Jumbo que sobrevolaba el Atlántico rumbo al Este. Había salido de Nueva York con la luz del día, y el avión había ascendido hasta situarse en una especie de tiniebla estratosférica azul rosácea, que era ya casi opaca.

Al despertar, Henry había cobrado conciencia instantánea de algo nuevo y maravilloso en el mundo. Un inesperado prodigio había ocurrido en su vida. ¿Qué era? Ah sí, que su hermano Sandy había muerto.



Reclinándose de nuevo en su asiento y estirándose voluptuosamente, Henry flexionó con alegría los dedos de los pies.

Las grandes noticias le habían sorprendido en Saint Louis, mientras estaba sentado en el bar de O'Connor comiéndose una hamburguesa. Había abierto un ejemplar del *Evening Standard* de Londres que algún visitante de los que viajan a propulsión a chorro había abandonado en el canapé de su pequeño hotel, y que él recogió con cierta desidia. En la intimidad, Henry eludía a sus conocidos de la Universidad de St. Louis. Prefería vivir en un hotel modesto mientras trotaba de aquí para allá entre el zoo y las galerías de arte. Mascullando, abrió el periódico y hojeó las noticias del periódico: huelgas, déficits comerciales, disensiones del Partido Laborista, trifulcas sobre educación, trifulcas sobre nuevas carreteras, trifulcas sobre nuevos aeropuertos... Ningún crimen interesante a la vista. Todo parecía seguir como de costumbre en aquella tierra natal suya, de la que había partido ocho años antes con la intención de no regresar nunca jamás en la vida. De pronto, lanzó una exclamación ahogada y se puso rígido de una sacudida. La cara se le puso roja y luego palideció. Bajo las oleadas de motas negras, los pequeños párrafos de la noticia danzaban enloquecidamente ante sus ojos. *El conocido corredor Alexander Marshalson... muerto en un accidente de coche...*

Estrujando el periódico contra el pecho, Henry se tambaleó. El aire parecía de repente enrarecido e irrespirable. Se lanzó precipitadamente a la carrera hasta su hotel, jadeando con angustia. Lo decía el periódico, pero no tenía por qué ser cierto. ¡Oh Dios, imagínate que ahora resultase falso! Daría un telefonazo a Inglaterra. A su madre no, desde luego. Llamó a Merriman, el agente de la familia. Era cierto. Llevaban días intentando localizarle desesperadamente. El funeral acababa de celebrarse. Henry colgó el teléfono y se dejó caer en la cama con alivio. La herencia era lo de menos. Lo importante era que el maldito Sandy ya no existía.

Henry el alienado, de treinta y dos años de edad, había vivido en América desde su expatriación, tras haber obtenido una licenciatura en Historia Moderna en Cambridge, Inglaterra. Había pasado tres años en Stanford enfrascado en su doctorado, y después había conse-

guido un puesto de profesor en una pequeña facultad de Filosofía y Letras de Sperriton, Illinois. Su carrera académica no había sido precisamente gloriosa. En Stanford le dio por hacerse pasar, cautamente al principio, por historiador del Arte, idea que habría dejado atónitos a sus tutores de la inglesa Cambridge. En el diminuto, poco exigente y condescendiente Sperriton, donde nadie sabía mucho y él podía actuar a sus anchas, enseñaba «cincuenta grandes cuadros históricos» que luego se traducían en «cincuenta grandes cuadros» a secas. Sus cursos eran muy populares y él pensaba que sus divagaciones hacían bien en cierto modo a los chicos. ¿Se habría quedado en Sperriton de no ser por Russell y Bella Fischer? No estaba seguro. En cualquier caso, nunca nadie se había dado prisa alguna por proporcionarle un empleo a Henry. Sperriton se hallaba a una enorme distancia de cualquier otra parte, y uno podía recorrer millas y millas de chatos maizales bajo el cielo hasta que se topaba con un silo, quizá. Aquí y allá, entre el maíz, corrían los caminos abiertos por los que Henry y Russ y Bella solían perderse en tiempos. En una ocasión incluso llegaron hasta México.

La metrópoli local era la sobrenatural y augusta St. Louis, junto al viajero Mississippi. La ciudad de T. S. Eliot. Henry aborrecía Nueva York pero amaba St. Louis. Y si Sperriton era diminuta y solitaria, St. Louis era vasta y solitaria, y el perdido Henry se deleitaba en medio de aquella soledad acosada. Amaba sus abandonados esplendores, las inmensas mansiones ornamentadas y descuidadas, testigos mudos de una burguesía desaparecida, el elevadísimo e inútil arco de acero desde el que los ciudadanos podían contemplar los raídos depósitos y las estaciones de mercancías de la costa de Illinois. Los palacios vacíos junto al gigantesco río eterno: qué poderosa imagen de la defunción del capitalismo. (Henry odiaba el capitalismo. Odiaba también el socialismo.) Russell y Bella iban a los conciertos. (Prácticamente no había teatro.) Henry no se preocupaba por ninguna de esas cosas. Vagaba por ahí simplemente en busca de una identidad. En un momento determinado se enganchó al tren de Max Beckmann, a quien un destino todavía más raro si cabe que el de Henry había desterrado a St. Louis en los últimos años. El jefe de su departamento le había dicho que debía escribir un libro, cualquier libro, daba igual. Y él decidió escribir

sobre Beckmann. El libro de Henry no aparecería pronto precisamente. Russ y Bella se burlaban de él.

Efectivamente, tras haber enseñado durante cierto tiempo los cincuenta grandes cuadros, comenzó a odiar el arte. O quizá lo que odiaba era solo la vieja y pomposamente embrollada tradición europea. Era la producción en masa antes de que aparecieran las fábricas. Había demasiados trastos sueltos por el mundo. El hombre inventó el Tiempo y Dios inventó el Espacio, decía Beckmann. Henry quería volver al espacio. Eso, por extraño que pareciera, era lo que hacía Max, aunque atiborrarse ansiosamente sus lienzos con aquellas atormentadas imágenes. Lo único pacífico en el arte de Max era el propio Max. Cómo envidiaba Henry su enorme seguridad, su feliz e imperativo egoísmo. Qué maravilla poder mirarse al espejo y convertirse en algo tan permanente, tan significativo y monumental: un dirigente revolucionario, un héroe épico, un navegante, un *roué*, un payaso, un rey. Otra cosa eran las mujeres abrazándose en forma de pez. Pero aquella rotunda faz en calma era una verdadera luz en la vida de Henry. Beckmann, que se había casado dos veces, se aventuraría por unas sendas de misticismo masculino que enlazaban a Signorelli con Grünewald, a Rembrandt con Cézanne. Algún día registraría todo eso, pero, entregado al amor y a la envidia, iba aplazando el momento indefinidamente.

Muchas veces Henry se veía a sí mismo como un artista fracasado. ¿Por qué fracasado?, válgame Dios, le interrogaba Bella. Si no lo has intentado siquiera. Bella y él asistieron a clases de pintura, pero Henry lo dejó en seguida con un gemido de rabia. Bella siguió pintando mal, aunque se lo tomaba con naturalidad. Solemnemente, Henry había dicho que prefería la *tabula rasa* del lienzo en blanco. Quizá hubiera sido precisamente su *tabula rasa* aquella América donde al principio había esperado toda clase de acontecimientos y aventuras. En alguna parte existía una vida heroica a la que él creía tener derecho. Se veía a sí mismo, como Max, preso en un pavoroso mundo bufo de situaciones extremas e inquisiciones que se producían de alguna manera en circos o salas de fiestas. Max, desde luego, había experimentado sus propios horrores: los nazis y la guerra de 1914 con apenas un lápiz y nada de pintura. Evidentemente, había una América en alguna parte. Una

América donde pasaban cosas. Pero el meollo parecía quedar siempre fuera del camino de Henry, y él no dejaba de percatarse de la falta de intensidad de su vida. Vivía inmerso en espaciosas y fáciles rutinas de tranquilidad y de calma. Su América era un refresco. Había esperado un gran amor, el que nunca tuvo en Inglaterra, pero las higiénicas y competentes estudiantes, que le consideraban algo cómico y demasiado viejo, le llenaban de alarma y congoja. En Stanford tuvo un par de lances inconclusos bastante miserables, y fue en Sperriton donde conoció a Russ y a Bella. Cuando al fin se acostó con Bella, Russell estaba al tanto de todo. De hecho, ambos lo habían discutido con su psicoanalista. Bella deseaba que Henry fuera también al psicoanalista, pero él nunca llegaría a hacerlo. Despreciar el psicoanálisis era una de las pequeñas banderas inglesas que a veces se permitía el lujo de enarbolar.

Henry había meditado mucho sobre lo que él consideraba «la gran frialdad norteamericana», y sobre por qué seguía sintiéndose extranjero en su tierra de adopción. Figurada y literalmente, faltaba el olor. Los vestidos de Henry y su persona olían. Bella decía que le gustaba su olor. Russell, en cambio, era inodoro. Hacía tiempo que Henry se había amoldado a su modesta inteligencia y había aceptado la idea de sus propias limitaciones, aunque a veces sospechara que había asumido esas limitaciones demasiado pronto. Daba ya por supuesto el patrón que iba a seguir su vida para siempre y cómo iba a evolucionar su carácter. Ellos (Russ, Bella, los norteamericanos) jamás podían dar las cosas por supuestas, al parecer, sino que se desenvolvían en un régimen de cambio constante en el que se planteaban incesantemente: ¿me desarrollo, triunfo, me realizo, soy bueno? Por tanto, lo impredecible se convertía en un derecho y el ejercicio permanente de la voluntad en un deber. En este escenario heroico, a Henry le parecía que el psicoanálisis, idealmente destinado a lograr una conciencia humilde de uno mismo, estimulaba un infatigable anhelo enervado de cambio y mejora. Él lo contemplaba con miedo, como un esclavo ocioso pudiera contemplar una batalla entre titanes. Lo que nunca pudo decidir era si este gran rechazo a ser definidos era algo bueno, tal vez una forma de inocencia, o algo malo. Dado que no podía considerarse a sí mismo como alguien bueno, llegaba a la conclusión de que lo contrario debía

de ser de algún modo admirable, e hizo objeto de admiración aquella portentosa inconstancia, aun sabiendo que jamás podría compartirla. Habiendo vivido la infancia metódicamente frustrada de un niño de clase media inglesa, no podía, ya en la edad madura, seguir pensando que todo era posible. No tenía fe en sí mismo. Se veía como un hombre demoníaco pero fracasado. Un demonio fracasado, eso sería algo odioso. Solo que su odio quedaba dentro de la profunda conciencia de sus limitaciones.

En efecto, Henry el refugiado había conseguido establecerse de manera bastante notable en América. Allí no había donde esconderse, así que dejó de hacerlo. Se había unido a los Fischer, tan primorosamente solícitos, y había encontrado con ellos lo que ya no esperaba encontrar de nuevo en su vida: un hogar en su judaísmo, en el seno de aquella vasta e inteligente inocencia americana. Lentamente, le habían ido desenmarañando, desempaquetando, como si se tratara de una pieza de loza. Su aventura con Bella, ahora ya concluida y superada, no había conmovido a nadie excepto a él mismo, quizá. Tal como ellos previeron, había servido para que los tres se acercaran más aún. Llegó a la conclusión, y así se lo dijo a ellos, de que podía hacerle bastante feliz pasar con ellos el resto de su vida, estudiando la realidad americana a través de sus personas. Desde luego, ellos (que no tenían hijos) habían terminado por adoptar a Henry, convirtiéndose así en sus «padres». Le insinuaron incluso que sería muy conveniente que se fuera a vivir con ellos, pero Henry sentía algo de apego por su diminuta casa de madera y por su diminuta independencia, aunque pasara más tiempo con los Fischer que en su propio dormitorio. Gracias a ellos conoció a sus otros amigos y también se incorporó a la vida propia de Norteamérica gracias a ellos. Los dos enseñaban en la facultad, Russell como filósofo y Bella en calidad de socióloga. Desde un punto de vista espiritual, ambos deseaban perfeccionarse, pero sus ambiciones eran mucho más realistas en el plano académico. Un sueño pertinazmente debatido era el de alcanzar «la costa», es decir, California. En una ocasión, Russell fue seleccionado para un puesto en Santa Bárbara aunque, desde luego, no podrían irse mientras no tuvieran un empleo los tres. Por desgracia, ninguno resultó ser lo suficientemente bueno como para conseguirlo.

Había sido extraordinariamente doloroso dejarles, aunque iba a regresar en seguida. «Ánimo, chico, todo habrá pasado para Navidad», le decía Russell a punto de despegar. «¡Para Navidad!», exclamaba Bella. «Porque volverá en un par de semanas, no puede vivir sin nosotros.» Se discutió la posibilidad de que Henry se viera envuelto en súbitas aventuras inglesas. «Si se prenda de alguien será como una especie de tarta saqueada», dijo Bella. «Como tú, cielo», repuso Henry débilmente. Acordaron que era poco probable. Al tímido de Henry le horrorizaba el sexo indiscriminado o superficial. Una de las cosas que Bella había hecho por él era hacerle sentir que había pasado ya por «todo eso» y había salido sin mácula de la experiencia. Al fin y al cabo, ¿qué sabía él de mujeres? Lo que la grande y rolliza Bella de ojos oscuros y vozarrón le había enseñado. Él era su alumno, su creación, y probablemente hasta su propiedad.

Henry cogió el reloj y puso la hora de Londres. Estaba a mitad de camino. Con un vago cosquilleo en los huesos, sentía que América se alejaba tras él. No quería pensar en Inglaterra, ni en su madre, así que bebió un rápido trago de martini de una petaca que Bella le había preparado. Ahora era, probablemente, un hombre rico. No es que en los Estados Unidos hubiera sido precisamente pobre, salvo en el sentido de que él mismo se había condicionado de alguna manera para la pobreza. Su padre, un rígido partidario del mayorazgo, se lo había dejado todo a Sandy, el primogénito. Todo, a excepción de una cierta cantidad de dinero, no fabulosa pero tampoco despreciable, que el esquivo Henry había dejado intacta en un banco de Londres. De vez en cuando, en determinadas épocas, como cuando Russ y Bella y él tenían que hacer economías, pensaba en traerse el dinero y en gastarlo rápidamente en excesos, solo que, en cierto modo, nunca había hallado el modo de hacer una vida de excesos. No conseguía hallar el talento necesario para comprar cosas caras: chicas, diversiones, *objets d'art*. Si tenía que comprarlas, no le interesaban. Incluso la cornucopia del supermercado norteamericano le revolvió en cierto modo el estómago. Nunca les comentó a los Fischer lo del dinero. A Bella le había hablado de Sandy, naturalmente. Lo hizo en una fiesta de la facultad, cuando la conoció, y ella en seguida elaboró la clásica teoría sobre su

infancia. Pero no era eso. No se trataba de eso en absoluto. La verdad era inconfesable.

El padre de Henry, Burke Marshalson, que murió cuando Henry era solo un muchacho, tenía que haber sido sir Burke Marshalson, o quizá lord Marshalson, solo que, desgraciadamente, no había títulos en la familia. Siempre había circulado una cierta leyenda de «grandeza» basada en algún tipo de nadería insignificante, que Henry aborrecía con todas las células de su ser. Burke Marshalson se pasó la vida dedicado a remendar su patrimonio, que los inexorables gobiernos iban recortando de modo inmisericorde. Su esposa Gerda, viuda y todavía joven, conservó la leyenda y sacó el mejor partido posible del dinero que se derivaba de dicha leyenda. Sandy, el mayor de los dos chicos, se dejó arropar muy pronto por aquella clase ficticia, o, más bien, se vio arropado por las atenciones de familiares y servidumbre. Siendo todavía un muchacho, Sandy había heredado la mansión de Laxlinden, así como el parque y las tierras de labranza circundantes, y la todavía sustanciosa fortuna que exigía un «mantenimiento» para que pudiera pasar a su hijo en el momento oportuno. Dándose cuenta muy pronto de que Sandy había de ser el dueño de todo, hasta de la misma tierra que pisaba, Henry rezaba diariamente por que su hermano se muriera. Sandy siempre aparecía como el listo de la familia, aunque no hubiera estudiado más que ingeniería, sin llegar ni siquiera a terminar la carrera. Poseía una identidad propia, mientras que ni las notas de Henry conseguían dotarle a él de una identidad verosímil. Sandy trataba a Henry con condescendencia y se reía de él y le llamaba «cola de gozque» o simplemente «gozque» para abreviar. Jamás llegó a notar siquiera el odio que Henry le profesaba. Le había enviado a Norteamérica algún *christmas*, y de vez en cuando postales por su cumpleaños. Nunca había tenido la intención de ser poco amable con Henry, quizá porque nadie había sido jamás poco amable con él. Él, simplemente, había nacido siendo un tanto irreal, como de segunda fila. «El pequeño es un canijo», le había oído decir a su madre en un contexto en el que se elogiaba a Sandy. Y de paso, Henry aprendió una nueva palabra.

Y ahora el guapo de Sandy, con su más de un metro ochenta de estatura, estaba muerto. Entre tanto, no había llegado a casarse ni a en-

gendar el tan deseado heredero, de modo que el heredero era Henry, el inferior. Y Henry volvía ahora a todo aquello, a la vieja y perversamente claustrofóbica y caótica Europa, y a la pequeña, curiosa y trémula Inglaterra, y a la bella y pavorosa Laxlinden, y a las praderas bañadas por la luz del norte. Y a su madre, a quien no había visto desde que ella fue a visitarle a Nueva York hacía cinco años ya en compañía de aquel pelota gorrón de Lucius Lamb. (Por supuesto, Henry, muy indiscreto, tuvo que preguntar si ella le había pagado el billete.) Cabía esperar que el pelota de Lamb hubiera tenido tiempo de morir o de perderse en el ínterin, ¿Cómo lo encontraría todo? ¿Iba a ocurrir al fin algo interesante en su vida? ¿Estaría llamado a realizar grandes elecciones, a tomar decisiones que habrían de modificar su mundo particular? ¿Podría hacerlo? Causalidad y voluntad libres son totalmente compatibles, le dijo una vez Russell. Henry no lo comprendía. ¿O acaso era tan irreal como un sueño del que habría de despertar pronto y a salvo en su casita de Sperriton, con el timbre del teléfono sonando a un lado de su cama, y al otro la ocurrente y madrugadora Bella? ¿Habría gente esperándole en Inglaterra? ¿Habría allí alguien al que realmente le apeteciera ver? Bueno, le gustaría bastante ver a Cato Forbes. Se preguntó qué habría sido de él mientras se echaba un segundo trago de martini. El avión temblaba de lo lindo. Agotado emocionalmente, y ahora borracho, Henry volvió a quedarse dormido.

Aproximadamente a la misma hora en que Cato Forbes iba de un lado a otro por el puente de Hungerford y Henry Marshalson se despertaba de su primer sueño en el Jumbo sobre el Atlántico, Gerda Marshalson y Lucius Lamb charlaban en la biblioteca de la mansión de Laxlinden.

—No cambiaré nada —decía Lucius.

—No sé yo —dijo Gerda.

Ella paseaba arriba y abajo. Lucius estaba recostado en el sofá cerca del aparato de televisión, recientemente instalado.

La biblioteca era una larga habitación dotada de tres altos ventanales, cuidadosamente cerrados ahora con cortinas de terciopelo. Una de las paredes se hallaba cubierta por un tapiz flamenco de finales



del diecisiete que representaba a Atenea cogiendo a Aquiles por los cabellos. Una verde vegetación amazónica envolvía decorativamente al héroe y a la diosa. A Agamenón y sus compañeros no se les veía por ningún lado, pero justo al fondo estaba representada Troya, contra un cielo gris azulado misteriosamente radiante, junto a tres cremosas cumbres que se elevaban sobre hojas inmensas en el ángulo superior derecho. Las otras paredes se hallaban cubiertas de estanterías en las que se conservaban los libros ancestrales de los Marshalson, que en su mayoría habían vuelto a ser encuadernados con cubiertas de cuero de un uniforme color tostado amarillento: principalmente historia y biografía, junto a las características series de literatura clásica. Desde que Henry se marchara, no había sido tocado ni un solo libro salvo por el plumero de Rhoda. Los estantes se detenían a poca distancia del techo, dejando sitio a encaramados bustos de emperadores romanos. Nadie los desempolvaba, pero, afortunadamente, eran negros.

Dos lámparas de pantalla, hechas con enormes jarrones, iluminaban un extremo de la habitación, y debajo del elevado frente de la chimenea, tallado por un alumno de Grinling Gibbons, ardía brillante un fuego de leña que acababa de reavivar Gerda con un fuerte empellón de su pequeño pie embutido en una zapatilla. Al lado de las lámparas había un cuenco azul de cristal pulido repleto de narcisos blancos cuyo suave aroma se mezclaba tenuemente con el calor del fuego.

Lucius se sentía muy cansado y deseaba acostarse. Le dolía la espalda, y su nueva dentadura postiza, que no se atrevía a quitarse delante de Gerda, le provocaba sacudidas insoportables en la boca. Una especie de comezón dolorosa le recorría el cuerpo, impidiéndole hallarse cómodo en ninguna postura. Dolores que se enroscaban en hendiduras, meramente adormecidos. Cómo odiaba hacerse viejo. Deseaba con todas sus fuerzas poder rascarse y bostezar, pero tampoco podía. Veía la cara de Gerda borrosamente. Nunca se ponía las gafas en público. Ella llevaba horas hablando sin parar.

Gerda se había puesto una larga y amplia túnica, demasiado elegante para ser calificada de bata, de las que ahora solía ponerse por las noches. Lucius no estaba seguro de si el nuevo estilo suponía cierto tipo de intimidad informal o sencillamente un compromiso con lo